

EL SUJETO ECOLÓGICO Y LA ACCIÓN AMBIENTAL EN LA ESFERA PÚBLICA: UNA POLÍTICA EN TRANSICIÓN Y LAS TRANSICIONES EN LA POLÍTICA¹

ISABEL CRISTINA MOURA CARVALHO *

This article discusses the transformations affecting the field of political action in contemporary life and their implications from the viewpoint of the ecological individual. The problem discussed here is that of the tension arising between, on the one hand, a widening public sphere of action due to the inclusion of new topics and cultural rights and, on the other hand, the reduction of its public character due to the advance of a "new politics" in the first person which places a priority on the individual and his expectations and, thus, the dimensions of private life. This tension between both the widening and reduction of the public sphere permeates the political dilemmas of the new countercultural left from which ecologism and its ideal type (WEBER), -the ecological individual-, emerge with new forms of political action. The article analyzes the theoretical debate on the crisis of the public sphere of action in contemporary life, whose counterpoint is the experience of the crisis of politics and its resulting new forms of "making politics" as observed in the analysis of the trajectory of the lives of environmental educators and leaders.

Introducción

Usted, por ejemplo, podría despertarse el día de mañana con un deseo irrefrenable de pegar carteles, de ayudar en la organización de una fiesta o de luchar por la preservación de un área verde que le gusta, pero que quieren destruir. ¿Por qué no? ¿Y si mañana despertara con el deseo de pelear por sus demandas? Eso no haría de usted un soldado arrastrado por la causa y que por ese motivo quedara atrapado para siempre en un callejón sin

salida. Si lo cotidiano se considerara con mayor seriedad, la mezcla sería más armoniosa. En el momento en que esas demandas se insertaran en el ritual 'de todos los días', se realizarían con más facilidad y con mayor placer; y los militantes tendrían más noches libres para ir al cine (Denise Crispun, Partido Verde, "Propuestas de ecología política", 1986).

Este llamado, nada ortodoxo, es emblemático de un giro cultural, en dirección de los nuevos estilos y formas de pensar la acción política

¹ Este artículo tiene su origen en dos capítulos del libro *A invenção ecológica: narrativas e trajetórias de educação ambiental no Brasil* (UFRGS, 2001), donde se desarrolla con mayor amplitud la temática, incluyendo un análisis de las trayectorias políticas de liderazgos ambientales.

* Psicóloga, doctora en educación y autora del libro *A invenção ecológica: narrativas e trajetórias de educação ambiental no Brasil* (UFRGS, 2001). Traducción de Gabriel H. García Ayala.

particularmente evidenciada en el campo ambiental.² La declaración del epígrafe —hecha por una militante que se presenta a sí misma como “autora teatral, guía y militante del Partido Verde (PV)” — se encuentra en la colección de textos organizada a propósito del lanzamiento del PV en Rio de Janeiro en 1986. Aquel año, a mediados de la década de los ochenta, evidenció el fortalecimiento de la presencia del ideario ecológico y de sus militantes en la escena política brasileña.

Esta voz y su contexto —lanzamiento del PV en Rio de Janeiro, tiempo de movilización para la Asamblea Nacional Constituyente; año de la campaña del Partido de los Trabajadores (PT) en alianza con el PV por la gubernatura de Rio de Janeiro; realización del abrazo en la Laguna Rodrigo de Freitas— ilustran los cambios en las referencias de la militancia, en los discursos políticos de la izquierda y, finalmente, en los cuestionamientos sobre lo que se considera la propia esfera de la política.³ La política como estilo de vida (Giddens, 1994; Roszack, 1972), también relacionada con el giro cultural de los

nuevos movimientos sociales transclasistas y la nueva izquierda, es una transformación importante en la cultura política con fuerte expresión en el mundo ambiental.⁴ Dentro de este campo, los trayectos y las experiencias políticas están marcados por un movimiento ambivalente: la inserción en un tránsito colectivo hacia el exterior de la política considerada tradicional, en busca de una nueva política, y la experiencia personal y singular de esos cambios.

Así, en la primera parte de este artículo trataré de bosquejar esa discusión bajo el enfoque de los tránsitos en la política, particularmente contextualizados en las tensiones que demarcan la política ecológica. En la segunda parte, profundizaré en el debate sobre política, en la misma puesta en jaque en el escenario de una política en tránsito, marcada por la autonomización y estetización de los sujetos y de la acción. Una problemática que, aun expresándose de manera ejemplar, no se circunscribe al campo ambiental, revelando así las vicisitudes de la política en las condiciones

² En este contexto entiendo el concepto de acción política en el sentido de Hanna Arendt (1989: 15), para quien “una acción, única actividad que se ejerce directamente entre los hombres sin la mediación de las cosas o de la materia, corresponde a la condición humana de la pluralidad, al hecho de que los hombres, y no un Hombre, viven en la Tierra y habitan el mundo. Todos los aspectos de la condición humana tienen alguna relación con la política; pero esta pluralidad es específicamente una condición —pero no una *conditio sine qua non*, sino una *conditio per quam*— de toda la vida política.

³ El ingreso de las cuestiones y los actores ambientales en la arena política se materializó a través de articulaciones significativas, como la asociación, desde 1985, de entidades y militantes ambientalistas para la elección de representantes para el Congreso Constituyente. Pese a todos los conflictos y discrepancias, esta articulación permitió la elección de un parlamentario (Fábio Feldman) que representó al segmento ambientalista en el citado Congreso. Conviene recordar que el capítulo sobre medio ambiente de la Constitución Brasileña, promulgada en 1988, se considera como uno de los más avanzados en dicha Constitución. A la fundación de los partidos verdes siguió un largo período de debates en el seno del movimiento sobre la relación entre ecología y política y la viabilidad o no de un Partido Verde. El primer núcleo del PV se organizó en Rio de Janeiro y reunió a conocidos militantes como Carlos Minc, Fernando Gabeira y Litz Vieira. En aquel año, el PV carioca produjo un hecho político aun más significativo: el lanzamiento de la candidatura de Fernando Gabeira para gobernador de Rio de Janeiro, en una alianza con el Partido de los Trabajadores. La campaña se distinguió por el discurso y el modo *alternativo* de hacer política. Esto tuvo gran aceptación entre la población de la clase media intelectual carioca, con capacidad para reunir grandes contingentes en manifestaciones como el *abrazo* en la Laguna Rodrigo de Freitas.

⁴ Empleo el concepto de cultura política de acuerdo con la definición de Chartier (1995: 27): “campo del discurso político, con un lenguaje cuyas matrices y articulaciones definen las acciones y los enunciados posibles dándoles sentido”.

de la crisis de la modernidad.

1. La cuestión ecológica: entre *bios* y *polis*

La entrada de la naturaleza o medio ambiente en el campo de la política puede verse como una ampliación de la esfera pública, en la medida en que los destinos de vida, en cuanto *bios*, conquistan un espacio creciente como objeto de discusión política en la sociedad. Como propone Serres (1991) en una de sus conocidas formulaciones sobre esta orientación, habría que introducir a la naturaleza en el pacto civilizatorio, por medio de un ‘contrato natural’.⁵ No obstante, si podemos hablar de una politización de la naturaleza por los movimientos sociales y las luchas ecológicas emancipatorias, también puede observarse una tenue frontera que apunta hacia una biologización de la política; es decir, la afirmación de un supuesto *orden natural* —o *bios*— sobre la *polis*.

La tensión entre ampliación y reducción de la esfera pública pone de relieve las posibilidades emancipatorias o desagregadoras de un quehacer político orientado por el ideario ecológico. A menudo, el llamado ecológico busca legitimarse a partir de los riesgos de los desequilibrios ambientales; no obstante, la crisis ecológica *real* no ofrece en sí sustrato alguno para una orientación política ecológica. La crisis de los recursos naturales y la conciencia de los riesgos que afectan la vida de las poblaciones y del planeta pueden actuar, en gran medida, tanto como fuerza agregadora, contribuyendo a la formación de lo que Habermas (1995) llamó una

comunidad de riesgos compartidos, como para reforzar los mismos mecanismos de desintegración social y ambiental que tienden a acelerar la apropiación de los bienes ambientales por los intereses privados, degradando no sólo la base de sustentación material del planeta, sino también los cimientos de los vínculos de solidaridad social. En este sentido, ya en la década de los setenta, Gorz (1978) alertaba sobre el problema de la apropiación de los bienes ambientales (ecosistemas, paisajes, formas de uso de los recursos naturales) y del discurso ecológico a través de la lógica capitalista, dando como resultado lo que él llamó *ecofacismo*.

Otro aspecto que también ha sido objeto de los críticos de la política ecológica y del movimiento alternativo (Dupuy, 1980; Alphantéry, 1992; Huber, 1985), son las paradojas de la autonomía, que atraviesan las propuestas ecológicas para la sociedad. Así, la problemática de los fundamentos filosóficos de la autonomía del sujeto en la tradición cartesiana y sus expresiones problemáticas en el campo ambiental —ya sea por vía del vínculo directo con la Tierra, sin mediaciones, o por la vía de la *voluntad de desacoplamiento* en relación con la Tierra— ya fue formulada por Grün (1996) como un reto para una ética de la educación ambiental.

Empero, la crítica más dura a la radicalización de la autonomía en el proyecto emancipatorio proviene de Ferry (1994), quien ve en la trayectoria de una izquierda libertaria y democrática surgida en mayo del 68, y en su *ética de la autenticidad*, el prototipo del *ecologista*

⁵ “¡Retorno a la naturaleza! Esto significa: que al contrato exclusivamente social se una el establecimiento de un contrato natural de simbiosis y reciprocidad, donde nuestra relación con las cosas abandone el dominio y posesión, por la escucha admirada, la reciprocidad y la contemplación. Contrato de simbiosis: lo simbiótico admite el derecho del anfitrión en cuanto el parásito —nuestro estado actual— condena a muerte a aquel que acumula y que habita, sin tomar conciencia de que al final está condenado a desaparecer” (Serres, 1991: 519).

⁶ Definida como “vivir de otra manera, vivir *a la carte*, que cada quien haga sus propias elecciones, vivir su vida” (Ferry, 1992: 187).

reformista.⁶ El autor se pregunta si es posible pensar la ecología como una fuerza política *per se*. Su preocupación vuelve a colocar la paradoja de la radicalización de la autonomía como emancipación individual, así como la dificultad para la acción política en el campo ambiental. Para él, la mentalidad autonómica de los años sesenta, con su *ética de la autenticidad* habría transformado el *tú debes*, de una ética que preveía el control de las inclinaciones egoístas a favor de un bien común, en una invitación del tipo: sea usted mismo, “que pretenda favorecer la auto-realización a través de la idea de que la ley, lejos de imponérsenos desde el exterior, es inmanente a cada individuo particular” (Ferry, 1994: 186).

Al final, Ferry argumenta que ese individualismo democrático y auténtico es lo que sustenta la voluntad de preservar el medio ambiente. Así, concluye que la ecología no es una fuerza política en sí y, en la medida en que es compartida por una inmensa mayoría, no posee una vocación exclusiva para el poder. De esta forma, no ve sentido a un Partido Verde. No nos gustaría entrar en este debate que tanto ocupó y dividió a los ecologistas en los años ochenta en Brasil, toda vez que no es propósito de este estudio profundizar en el caso de la política verde como la única expresión de la política en el campo ambiental.

Al iniciar este artículo y dar voz al discurso verde, nuestra intención consistió en trazar cierta

dramaturgia de la nueva acción política y su modo de distinguirse de la vieja política, que atraviesa no sólo la política verde, sino todo el campo ambiental como eje diacrítico, en relación con el cual se posicionan los diversos actores y se diferencia internamente el propio campo. En esta trama de procesos y actores, la expresión del ideario ambiental vía partido, incluyendo la participación de diversos grupos y movimientos organizados de la sociedad civil, desempeñó un papel fundamental en la demarcación de lo ambiental como esfera de acción política ciudadana.⁷ Es decir, la esfera plural de decisiones comunes que afectan el interés público.

Coincidimos con Pádua (1991) cuando afirma que el PV en Brasil, así como en Estados Unidos, estuvo influenciado por el ejemplo europeo. Este puente es más directo si nos percatamos de que muchos de quienes estuvieron en la organización del PV fueron militantes de izquierda de los años sesenta que, exiliados en Europa, al retornar gracias a la amnistía en 1979, trajeron consigo las *ideas verdes* que introdujeron en la escena política brasileña de los años ochenta. Estas ideas están marcadas por el debate europeo sobre ecología y pacifismo y, sobre todo, por una política inspirada en la contracultura y en la lucha de las minorías. Mientras tanto, es importante señalar que en Brasil, a diferencia de la experiencia europea que los inspira, los movimientos ecológicos no siempre constituyeron el paraguas articulador de un conjunto amplio de luchas

⁷ Aquí usaré el concepto de sociedad civil como ha sido entendido y utilizado por los movimientos y las ONG; es decir, en la acepción de Gramsci (1978). Ese autor tuvo gran influencia en el pensamiento social brasileño, especialmente en la década de los ochenta. Según Gramsci, se trata de pensar en un Estado ampliado, donde los diferentes actores sociales, organizados de diversas formas, disputan la hegemonía y el consenso junto al conjunto de la sociedad, a través de una guerra de posiciones que tienen como propósito alterar las correlaciones de fuerza al interior de la sociedad y reorientar el proyecto de ésta.

⁸ En Europa los partidos verdes fueron los catalizadores de las reivindicaciones emancipatorias de un conjunto de movimientos minoritarios en torno de una agenda común y su formación es un fenómeno típico de los años sesenta. Como lo señala Pádua (1991), incluso en países como Inglaterra, donde en

alternativas. El PV no tuvo la expresión política, ni el carácter articulador que puede confirmarse principalmente en Francia y Alemania.⁸

De cualquier manera, ya sea como partido o movimiento, la presencia del ecologismo en la escena pública pasa por la interacción con las luchas pacifistas y los movimientos de las minorías que caracterizaron una nueva cultura política, donde el proyecto emancipatorio incorporó las luchas identitarias y la preocupación por la naturaleza, identificada por Giddens (1994) como *política de la vida*.⁹

En este marco, destaca la articulación de los movimientos ecologistas a un conjunto de otros movimientos sociales de corte cultural y transclasista. Este fenómeno, por su carácter innovador en términos de tipo de reivindicación, perfil de clase de los militantes y *performances* de acción, los analistas políticos lo denominaron como perteneciente a los “nuevos movimientos sociales” (Evers, 1984; Dirham, 1984; Sherer-Warren, 1987; Cardoso, 1983).

La identidad de los *nuevos movimientos* se define, por tanto, en contraposición a los movimientos estructurados predominantemente sobre el conflicto de clases y a la oposición

capital-trabajo. Los nuevos movimientos serán vistos como aquellos que ponen en acción una nueva cultura política de izquierda, también llamada *nueva izquierda*, caracterizada por sus rasgos emancipatorios y afirmativos de las luchas por nuevos derechos, más que por el enfrentamiento al modelo económico de producción capitalista.¹⁰

En el conjunto de estos nuevos movimientos sociales, la temática ambiental, junto con las cuestiones de género, al parecer fue la que más penetró en la diversidad de las luchas sociales en las últimas décadas. También alcanzó cierta legitimidad en diferentes segmentos sociales; inclusive en el ámbito de las luchas populares y sindicales que fueron, de cierta forma y en determinado momento, el contrapunto de estos nuevos movimientos. Los llamados movimientos sociales tradicionales, como los populares y los sindicales, se constituirán, a su vez, como horizonte histórico que configura las condiciones de recepción y, consecuentemente, de alcance y legitimación de los nuevos movimientos.

En este sentido, la cultura revolucionaria de los años sesenta y setenta será una referencia obligada, frente a la cual las nuevas temáticas,

1973 se constituyó el primer partido identificado claramente con la ecología, es significativo observar que el *Ecology Party* inglés cambió su nombre en 1985 por *Green Party*. También en Francia, aunque los ecologistas participan en elecciones regionales desde marzo de 1973, y en las nacionales desde 1974, con la campaña del candidato ecologista René Dumont en las elecciones presidenciales, un partido verde surgió hasta enero de 1989. En Alemania los verdes (*die Grünen*) llegaron por primera vez al Parlamento Federal en 1983, vía elecciones, con un significativo número de 27 diputados. Para un interesante análisis de la crisis de identidad verde pensada desde el trayecto del PV alemán y sus actuales dilemas como un partido en el gobierno, véase el artículo de Wiesenthal, 1999.

⁹ “La política de la vida no es una política de oportunidades vitales, sino de estilo de vida. Se ocupa de las disputas y de las luchas sobre cómo debemos vivir (como individuos y como humanidad) en un mundo que era determinado por la tradición y por la naturaleza, y que ahora está subsumido en las decisiones humanas” (Giddens, 1994: 24).

¹⁰ Este análisis del ambientalismo en el contexto de los nuevos movimientos sociales fue objeto de la disertación de maestría que defendí en 1989 en IESA/FCV y publicada por el Instituto Forestal de São Paulo (Carvalho, 1991).

¹¹ Se hicieron célebres frases como “la lucha no está ni en la derecha ni en la izquierda, sino al frente” (Gabeira, 1986); “el Partido Verde no se define ideológicamente ni en la izquierda ni en la derecha ¡todavía está bien!” (Vilmar Berna, 1986). Frases como éstas fueron repetidas en innumerables ocasiones por líderes ecologistas, tanto en Brasil como en Europa, que situaban la acción ecológica fuera de los marcos de lo que esos actores veían como la *vieja*

como la ambiental, se reafirmaron en los años ochenta y noventa, ya sea como contrapunto o como elemento a ser internalizado por las *luchas tradicionales*.¹¹

Así, inclusive demarcándose al exterior y en contra de los marcos de acción política vista como *tradicional*, no podría pensarse en los movimientos ecológicos, ni en la ecología política, ni en el abanico más amplio de la cuestión ambiental en Brasil, sin considerar el importante papel que tuvieron en su configuración los movimientos sociales rurales y urbanos de los años setenta y ochenta. Tampoco deben olvidarse los movimientos populares ligados a la educación popular, a la Iglesia de la Liberación y a las Comunidades Eclesiales de Base. Muchos ecologistas tuvieron en su propia trayectoria una inserción personal en la llamada *política tradicional*. Varios de estos líderes fueron militantes activos de los movimientos revolucionarios de los años setenta. Tuvieron su formación política en el contexto católico de la liberación. Fueron exiliados. Vivieron la experiencia de la clandestinidad y del centralismo democrático.

La contraposición entre los marcos de la cultura política revolucionaria de los años sesenta y setenta y la lucha democrática de los ochenta es, para dichos líderes ecologistas, parte de su historia y de sus conflictos personales. Por esa razón, los relatos sobre las relaciones con la política poseen un tono apasionado de quien está revisando y cambiando su propia vida, en una construcción individual y colectiva al mismo tiempo.¹²

2. Las paradojas de la autonomía

Reposicionar *ego* y *socius*, privado y público, ética

y estética, teniendo como telón de fondo la autonomización del sujeto y las esferas de acción social, es el drama de la nueva izquierda contracultural pero, como vimos, va más allá de éste. Dicha problemática restablece un dilema cuyas raíces más profundas pueden encontrarse en la radicalización de las tendencias conflictivas que constituyen la modernidad: emancipación y control (Giddens, 1991); racionalización y subjetivización (Touraine, 1994); razón universal e individualismo (Harvey, 1993); subjetividad y ciudadanía/regulación y emancipación (Souza Santos, 1995). De esta manera, de acuerdo con la concepción de la política de la cual parten —y de la apuesta más o menos optimista en el proyecto emancipatorio moderno— los diversos análisis van a destacar en la condición contemporánea las señales de disolución, declive e incluso la muerte de la política; o bien, los signos vitales del surgimiento de una nueva política.

En el extenso debate sobre las vicisitudes de la política en la modernidad, es posible, *grosso modo*, identificar por lo menos tres elementos predominantes: *a)* los que destacan la decadencia de la política en la situación contemporánea; *b)* los que concuerdan con el diagnóstico de la crisis de la política, pero aducen sobre posibles salidas mediante un nuevo pacto de la relación público-privado, y *c)* los que prefieren resaltar los aspectos promisorios de los nuevos espacios emancipatorios en los cambios de la cultura política contemporánea.

En el primer grupo pueden situarse autores como Arendt (1989), Sennett (1989) y Hobsbawn (1995), quienes detectan la superposición de la esfera privada sobre la pública, del individuo sobre el colectivo o, como

¹² Para un análisis de las narrativas biográficas de los líderes políticos ambientales, véase Carvalho, 2001.

lo calificó Hobsbawm, *del yo sobre el nosotros*, una señal de crisis de la política, de la esfera pública y una amenaza a los lazos societales.

Hannah Arendt discute la condición humana en la modernidad, considerándola en contraposición al paradigma grecorromano, como marcada por la alienación del mundo. La autora reflexiona sobre la disolución de las fronteras entre los campos de lo público y lo privado, destacando el ocaso de la esfera pública (el sitio de lo político y de la acción humana por excelencia). Ve en la modernidad el surgimiento de una nueva esfera social que representa el ascenso de los intereses privados sobre el dominio público.

La reflexión de Sennett, en el mismo sentido que Arendt, apunta hacia la comprensión del vaciamiento de la esfera pública, asociado a la crisis de la modernidad. Para este autor, “los signos vociferantes de una vida personal desmedida y de una vida pública vacía, son resultantes de un cambio iniciado con la caída del antiguo régimen y con la formación de una nueva cultura urbana, secular y capitalista” (1989: 30).

Sennett llama la atención acerca de la singularidad de la experiencia moderna de la privacidad, de donde deriva una tendencia de psicologización de los problemas relacionados con el campo de lo público, discutiendo el problema del retraimiento social como la cara opuesta de los procesos emergentes de la psicologización de los asuntos públicos. El autor entiende las obsesiones actuales de la individualidad y la intimidad como intentos por resolver, a través de la negociación, el problema de lo público, ya considerado desde el siglo XIX (y

que según su punto de vista, aún no concluye).

En su análisis sobre el siglo XX, Hobsbawm detectará en los cambios sociales y culturales de las últimas décadas un desplazamiento en el campo de la política del “dominio del ‘nosotros’ por el ‘yo’ ” (1995: 300). Muestra que también en los años sesenta prevaleció la percepción de los trabajadores de que no podrían mejorar su suerte mediante la acción individual, sino mediante organizaciones que definieran su identidad de clase, como los partidos y los movimientos obreros. En relación con los diversos procesos de privatización de la vida, impulsados por la “tecnología del dinero y la lógica del mercado”, el autor señala el fortalecimiento de una cultura individualista y se refiere a una “revolución cultural de finales del siglo XX, que puede entenderse como el triunfo del individuo sobre la sociedad, o mejor dicho, el rompimiento de los hilos que anteriormente ligaban a los seres humanos en los tejidos sociales” (Hobsbawm, 1995: 328).

En la segunda posición predominan reflexiones como la de Habermas (1984), quien apunta hacia una necesaria *rearticulación*, o la de Bauman (2000), quien apela a una *traducción* de las relaciones privado-públicas, como caminos para la política y el proyecto emancipatorio moderno. En este sentido, Habermas incorpora la crítica fundamental de Arendt a la sociedad moderna y a los procesos de despolitización y privatización de la esfera pública como amenazas para las condiciones del ejercicio legítimo del poder. Mientras tanto, amplía el concepto aristotélico-arendtiano de la política que, tomando como base la *polis* griega, restringe la esfera pública a los

¹³ Según Habermas, quien analiza la constitución de la esfera pública burguesa y sus cambios estructurales a la luz de las condiciones del Estado moderno, los dominios de lo público y lo privado se interpenetran. Esto marca la estructura básica de la esfera pública burguesa del siglo XVIII, “entendida como

ciudadanos que efectivamente tienen interés en los asuntos públicos.

Habermas, aunque reconoce la decadencia de la esfera pública burguesa, reafirma el proyecto moderno como inacabado y potencialmente libertario. La interrelación entre lo privado y lo público indica la complejidad de la sociedad moderna, cuyo reto es respetar la relativa autonomía de cada una de las esferas, impidiendo que se reduzca o se subordine una a la otra.¹³

En Bauman también encontramos el argumento de una *deconstrucción de la política*, que considera las dificultades de traducción entre la esfera privada y la pública, y las consecuencias de su autonomización y privatización. Para este autor, lo *público* se replegó para buscar abrigo en lugares políticamente inaccesibles; mientras que lo *privado* está a punto de retirarse a su propia autoimagen.

Como Habermas, Bauman también alude a la existencia de un camino hacia la superación de la crisis: “para adaptar el *ahora* a los individuos libres y a la sociedad libre es preciso interrumpir, al mismo tiempo, su privatización y despolitización. Es necesario restablecer la traducción de lo privado para lo público” (2000: 113).

Por otro lado, autores como Roszak (1972),

Giddens (1991, 1993, 1994) y Souza Santos (1995, 2000) hacen hincapié en la actual situación, la oportunidad para una recomposición de las esferas de lo público y lo privado, así como en la apertura de nuevos espacios de negociación entre la vida individual y la colectiva, para encontrar nuevas formas de hacer política y existir como sujeto político.

Roszak, que habla como un analista militante, tiene una perspectiva más optimista. Inclusive, al cuestionar las consecuencias del rechazo a la política convencional, deja claro que simpatiza con las tentativas de innovación, siempre bajo el riesgo de disolución de la política. Para él, una política que “no parece absolutamente política” tiene la ventaja de ser “inexpugnable para las defensas psíquicas y sociales convencionales” (Roszak, 1972: 158). Aclara que la tarea de persuadir a las personas contra la tecnocracia nunca será llevada a cabo mediante una militancia rígida e inflexible.

De esta forma, ve en la escena *hippie* una política de seducción y de persuasión subliminal, cuyos efectos pueden ser mucho más interesantes que “la oratoria apasionada y sobria de los comicios, grupos de presión, el tedioso panfleto efímero y la enfadosa reunión” (*idem*). Para él, los “festivales revolucionarios, actores en lugar de oradores, flores en lugar de panfletos, gozo en lugar de injurias [...]

pública literaria, que mediatiza las experiencias entre las esferas de la privacidad y del espacio público. Como afirma el autor: “la representación de los intereses de una esfera privada de la economía de cambio es interpretada con la ayuda de ideas (esfera pública literaria) que brotaron del suelo de la intimidad de la familia pequeña: la ‘humanidad’ tiene ahí su sitio genuino y no, como correspondería a su modelo griego, en la propia esfera pública” (Habermas, 1984: 68-69). Sobre la relación entre los campos de lo público y lo privado y la constitución de las esferas sociales, destaca la noción de *colonización/descolonización entre mundo vivido y sistema*, indicando, como propuesta política de Habermas, la necesidad de preservar la autonomía relativa de las esferas, así como reacoplar el mundo vivido al sistema, descolonizándolo de la lógica sistémica. Ahí residiría la posibilidad de autonomía, autodeterminación y autorrealización de la sociedad moderna. Sobre esta discusión en Habermas, véanse Hermann, 1999 y Freitag, 1993.

¹⁴ Una de las premisas básicas del autor para la comprensión de la modernidad, es que ésta soporta un ambiente de alto riesgo por la dificultad para controlar la complejidad de los fenómenos que instaura. En la base de los procesos de racionalización de la modernidad existen mecanismos de abstracción que, para ser eficaces, incluyen lazos de confianza en las instituciones que operan en ese ambiente de alto riesgo (Giddens, 1991).

constituyen una importante revisión del arte de realizar demostraciones políticas” (*idem*).

Desde una visión dialéctica, Giddens (1991) cita las interacciones de doble mano entre una dimensión personal y una dimensión que califica como *sistemas abstractos*.¹⁴ De este modo, asume una perspectiva más optimista de las posibilidades de respuesta en el plano de la vida privada en condiciones de *alta modernidad*. Según este autor:

Una preocupación como la autosatisfacción, no es más que una defensa narcisista contra un mundo externo amenazador, sobre el cual los individuos tienen poco control, pero también en parte es una apropiación positiva de circunstancias, en las cuales las influencias globalizadas invaden la vida cotidiana (Giddens, 1991: 126).

Giddens percibe la vida privada no como una dimensión residual de los cambios en los sistemas abstractos, sino como una esfera activa que conlleva reacciones, de manera que los cambios que ahí se dan, también afectan a las instituciones globalizadas de la modernidad.

Para Souza Santos (1995), quien se autodenomina un *utopista*, “vivimos un período

de transición paradigmática, tanto en el plano epistemológico —de la ciencia moderna para un conocimiento posmoderno— como en el plano social —de la sociedad capitalista hacia una forma social que puede ser mejor o peor—” (Souza Santos, 1995: 283).

En esa nueva forma social que el autor caracteriza como posmoderna, la reafirmación de la subjetividad en el campo de la política podría verse como una respuesta emancipatoria para la subjetividad colectiva impuesta por la modernidad —tanto en el sistema capitalista como en el sistema socialista— que subsumió en sí las subjetividades individuales.¹⁵

Al contrario de Hobsbawm —que ve el dislocamiento del “nosotros” por el “yo” como un legado del fracaso del proyecto moderno, sobre el cual no puede construirse el futuro—, Souza Santos (2000) considera los dislocamientos en dirección al yo como parte de la emergencia de una subjetividad de la transición paradigmática, “para quien el futuro es una cuestión personal” (Souza Santos, 2000: 346) inserta en el reto de la invención de nuevas formas de sociabilidad emancipatoria:

¹⁵ Souza Santos (1995: 236) piensa el proyecto de modernidad a partir del equilibrio entre regulación y emancipación. “El pilar de la regulación está constituido por tres principios: el principio de Estado (Hobbes), el principio de mercado (Locke) y el principio de comunidad (Rousseau). El pilar de emancipación, a su vez, está constituido por la articulación de tres dimensiones de racionalidad: la moral práctica (derecho moderno), la cognitivo-experimental (ciencia y técnicas) y la estético-expresiva (artes y literatura)”.

¹⁶ Existe un vasto movimiento interpretativo en la construcción de los sentidos accionados por Souza Santos en su hermenéutica de los lugares significantes de la transición paradigmática en sus posibilidades emancipatorias: la frontera, lo barroco y el Sur. Sin retomar toda la cadena interpretativa pueden sintetizarse esos lugares. En palabras del autor: “lo que caracteriza a la subjetividad de la frontera es poder combinar la participación comunitaria con la autoría, sobrepasando así la distinción entre sujeto y objeto”. El autor utiliza lo barroco, en cuanto metáfora cultural, artística e histórica para designar una forma de sociabilidad capaz de explorar y de querer explorar las potencialidades emancipatorias de la transición paradigmática, por ser un fenómeno latino y mediterráneo: “una forma excéntrica de modernidad, el Sur del Norte, por decirlo de alguna manera. Su excentricidad surge, en gran parte, del hecho de haber recorrido países en diversos momentos históricos, en donde el centro de poder estaba atrofiado y trataba de esconder su debilidad dramatizando a la sociedad conformista”. Tal como la frontera y lo barroco, el Sur también es usado como metáfora cultural para designar un “sitio privilegiado para la excavación arqueológica de la modernidad [...] y la desfamiliación en relación con el Norte imperial” (Souza Santos, 2000: 367-368).

La construcción de una subjetividad individual y colectiva, suficientemente apta para enfrentar las futuras contiendas paradigmáticas y dispuesta a explorar las posibilidades emancipatorias abiertas por ellas mismas, debe guiarse, según mi entender, por tres grandes apartados: la frontera, lo barroco y el Sur (*ibid.*: 345).

Así, por las experiencias periféricas, acaecidas en territorios político-existenciales en disidencia con el paradigma epistemológico y social dominante de la modernidad, surgen las subjetividades de *frontera*, de lo *barroco* y del *Sur*.¹⁶ La lucha paradigmática es llevada a cabo por los sujetos, interpelados personalmente y acoplados de manera colectiva en un proyecto utópico emancipatorio, que el autor llama *viajantes paradigmáticos*, cuya condición inestable y conflictiva está formulada en la bella metáfora de la navegación de cabotaje:

El cabotaje fue una forma de navegación dominante desde tiempos inmemoriales hasta la expansión europea del siglo xv y hoy todavía se emplea. Implica navegar fuera de los límites, pero en contacto físico con ellos, y realizar otras actividades a lo largo del trayecto, como la pesca o el comercio. Cuanto más lejos se esté y más pequeños sean los límites, mayores serán las posibilidades de autonomía, porque se verán más lejanos. Sin embargo, un paso de más, que haga perder de vista esos límites, puede transformar una autonomía estimulante en un caos destructivo (Souza Santos, 2000: 354).

Como en la navegación de cabotaje, el proyecto emancipatorio y autónomo moderno se arriesga entre los márgenes del continente y de alta mar, del peligro y de la oportunidad, de la libertad y de la muerte; o inclusive, de la

trascendencia en el mundo, y de la trascendencia del mundo.

En la misma condición de tránsito y riesgo están los viajeros de esta Nave, en aguas y rutas poco previsibles. Esto provoca el resurgimiento de la discusión sobre las condiciones de la política y de la imposibilidad de ésta en su relación con las paradojas de la autonomía. Ésta se entiende en dos acepciones: *a*) en un primer plano, como fuerte núcleo del ideario contracultural y ecológico que busca la trascendencia como la liberación del orden, *b*) en un horizonte más amplio, como proceso de des-referenciación, que tuvo su punto de partida en un tiempo de nuevas políticas, en el clima de la trascendencia y la ruptura de los años sesenta, pero que se atrevió a aportar, errante, en un tiempo de la no-política, puerto antiutópico de la trascendencia del mundo.

De acuerdo con todo este debate, cuya sistematización dista de agotarse, no se quiere cerrar la cuestión, atribuyendo juicios de valor a la orientación que puede denominarse *política del yo*. Tampoco resolverá teóricamente un campo dilemático, cuyo destino está atravesado por el juego de las posibilidades reales de la vida en sociedad. Prefiere mantener la apertura de la reflexión sobre los sentidos de la centralidad que el sujeto pueda adquirir, en el caso de la matriz contracultural y en el ideario ecológico, sin dejarlos encerrados, sin salida, bajo el signo de una subjetivación, necesariamente identificada ya sea como una alienación del mundo o como una nueva ruta para la emancipación del sujeto.

Mientras tanto, la cuestión sobre las nuevas formas de acción política y sobre la paradoja de una política como salida de la política —una política ‘no-política’—, es particularmente aceptada en el campo

ambiental y por el sujeto político.

3. Los retos de la educación y del educador ambiental

Dentro del amplio universo del sujeto ecológico, son múltiples los caminos, las vías de acceso y los ritos de ingreso, por los cuales éste puede convertirse en un educador ambiental. Las condiciones del recorrido de la propia educación ambiental apuntan hacia un área reciente donde, como en todo campo ambiental, se superponen las marcas de un movimiento social y las de una esfera educativa, epistemológicamente fundamentada e institucionalmente organizada. En este contexto, la identidad del educador ambiental está lejos de ser totalizante.

En la actualidad, nombrarse educador ambiental aparece a veces como adhesión a un ideario, o como sinónimo de un ser ideal aún no alcanzado, o como opción de profesionalización o como signo descriptor de una práctica educativa ambientalizada, combinando en diferentes grados los caminos de la militancia y de la profesionalización en un perfil *profesional-militante*.

De esto resulta que las formas para auto-comprenderse y presentarse asumen el carácter de una identidad dinámica, muchas veces en tránsito. Es decir, es una identidad que no se fija necesariamente en dos polos: profesional o militante, por ejemplo. Tampoco adquiere la forma de una identidad permanente y totalizante, en el sentido de sustituir otras auto-identificaciones y filiaciones profesionales.

Uno de los trazos distintivos de esta identidad narrativa —concepto que parece ser

más o menos adecuado para destacar el doble rostro social e individual de esta construcción identitaria— es compartida en algún momento en el nivel de un proyecto político emancipatorio.

La idea de los cambios radicales incluye no sólo a una nueva sociedad, sino también a un nuevo sujeto que se ve como parte de este cambio societal, y la entiende como una revolución del cuerpo y el alma. Es decir, una reconstrucción del mundo, incluyendo el mundo interno y los estilos de vida personales. Éste parece ser el elemento diacrítico que confiere el carácter promisorio y seductor del campo ambiental y del saber que éste busca fomentar sus esferas de formación de especialistas, publicaciones y teorización.

La máxima registrada por Dupuy (1980) de “cambiar todas las cosas” en la dimensión política de las prácticas ambientales evoca una transformación no sólo política, sino *de la política*. Es decir, la manera de comprender, vivir y hacer política, excitando con nuevos tránsitos y también con posibles riesgos para la propia esfera política.

El fenómeno que denominamos como las paradojas de la autonomía, restablece la tensión entre una acción que busca ampliar los espacios de *autonomía en el mundo* o, en el límite, acciones investidas de un deseo de *autonomía del mundo*.

Esta cuestión restablece el tema sobre el cual puede darse la contribución de la acción ambiental a la esfera pública y cómo se comporta ésta, ya sea ampliando el campo de la ciudadanía y los derechos, ya restringiéndolo como lo que parecía una excesiva subjetivación e individualización de las cuestiones y formas de acción.

A partir de un diálogo con la tradición, pueden comprenderse los sentidos accionados en la experiencia contemporánea del sujeto ecológico de un modo general, y del educador ambiental en particular, con especial interés en las predisposiciones y actitudes políticas, como la voluntad contestataria de fondo romántico, el inconformismo de la contracultura, la militancia como *habitus*, la constitución de un sentimiento de crítica radical, el elogio del *margen* y de lo *alternativo*, como lugar de rechazo de lo establecido y reinención de la existencia personal y política.

En la experiencia del educador y en la configuración del contexto educativo de la EA, estos trazos pueden reencontrarse en la crítica a la racionalidad instrumental y disciplinaria, en la reivindicación de una *revolución epistemológica*, en la pretendida conducción del pensamiento y de las formas de pensar, así como en las dificultades recurrentes para penetrar en el corazón del campo educativo y en los métodos y prácticas educativas *tradicionales*. Así, la EA reedita en la esfera educativa las antinomias del proyecto emancipatorio autónomico que constituye el núcleo político, existencial y epistémico del campo ambiental.

Tal problemática, al ser formulada en los términos de una política en transición y de las transiciones de una política, no pretende resolver los dilemas anteriormente identificados, sino reposicionar la cuestión de la emancipación y de la autonomía en una nueva política, como antinomia para la cual no es posible reivindicar una solución definitiva.

Al final, las diversas direcciones de la acción ambiental (en dirección a la política y a la salida de la política, a la autonomía como conquista en el mundo y a la autonomía como

desfondamiento *del* mundo, al cambio radical y a las transformaciones reformistas) pueden seguirse, y efectivamente así es, en innumerables ocasiones por los mismos actores, lo que dificulta todavía más este escenario.

De esta manera, ante la imposibilidad de fijar lo que se ha mostrado dinámico y que se decide fundamentalmente en la multiplicidad de las experiencias del mundo, cabe reflexionar sobre las acciones y los caminos tomados, como la apertura de quien sabe que la razón participa, pero no controla los caminos de la experiencia y de la producción de sentidos. □

Bibliografía

- Alphandéry, P., P. Bitoun y Y. Dupont (1992) *O equivoco ecológico; riscos políticos*. São Paulo: Brasiliense.
- Arendt, H. (1989) *A condição humana*. Rio de Janeiro: Forense.
- Bauman, Z. (2000) *Em busca da política*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Ed.
- Berna, V. (1986) "Desafios que precisamos enfrentar", en F. Gabeira *et al.* (orgs.) *Partido Verde: propostas de ecologia política*. Rio de Janeiro: Ânima, pp. 27-32.
- Carvalho, I. C. M. (2001) *A invenção ecológica: narrativas e trajetórias da educação ambiental no Brasil*. Porto Alegre: Editora da ufrgs, Coleção Novos Estudos Rurais.
- (1991) *Territorialidades em luta: uma análise dos discursos ecológicos*. São Paulo: Instituto Florestal de São Paulo, Série Registros.
- Chartier, R. (1995) *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII; los orígenes culturales de la revolución francesa*. Barcelona: Gedisa.

- Cardoso, R. (1983) "Movimentos sociais e urbanos: balanço crítico", en M.H.T. Almeida y B. Sorj (orgs.) *Sociedade política no Brasil pós-64*. São Paulo: Brasiliense.
- Castoriadis, C. y D. Cohn-Bendit (1981) *Da ecologia à autonomia*. São Paulo: Brasiliense.
- Crispun, D. (1986) "Nós, os tigres de papel", en F. Gabeira, et al. (orgs.) *Partido Verde: propostas de ecologia política*. Rio de Janeiro: Ánima, Coleção Ánima Verde, p.p 79-82.
- Dupuy, J.P. (1980) *Introdução à crítica da ecologia política*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Durham, E.R. (1984) "Movimentos sociais e a construção da cidadania", en *Novos Estudos Cebrap*. São Paulo, vol. 10.
- Evers, T. (1984) "A face oculta dos novos movimentos sociais", en *Novos Estudos Cebrap*. São Paulo, vol. 2, abril.
- Ferry, L. (1994) *A nova ordem ecológica: a árvore, o animal e o homem*. São Paulo: Ensaio.
- Freitag, B. (1993) "Habermas e a filosofia da modernidade", *Revista Perspectivas*, São Paulo, núm. 16, pp. 23-45.
- Gabeira, F. (org.) (1986) *Partido Verde: propostas de ecologia política*. Rio de Janeiro: Ánima, Coleção Ánima Verde.
- Giddens, A. (1991) *As consequências da modernidade*. São Paulo: UNESP.
- (1994) *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*. Madrid: Cátedra Editorial.
- Gorz, A. (1978) *Ecologie et politique*. París: Editions du Seuil.
- Grün, M. (1996) *Ética e educação ambiental: a conexão necessária*. Campinas: Papirus.
- Habermas, J. (1995) "O Estado-Nação europeu frente aos desafios da globalização", en *Novos Estudos Cebrap*, núm. 43.
- Harvey, D. (1993) *A condição pós-moderna*. São Paulo: Loyola.
- Hobsbawm, E. (1995) *A era dos extremos: o breve século XX: 1914-1991*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Huber, J. (1985) *Quem deve mudar todas as coisas; as alternativas do movimento alternativo*. Rio de